

## Filosofía del didacta: apuntes

Fortino Sosa Treviño

Monterrey, Nuevo León, México

*A mi amigo y hermano Adalberto Ferrández Arenaz, en el primer aniversario de su inmortalidad*

Los hombres sensatos y de gran talento dejan a su paso por la tierra la huella de su claro ingenio, la marca de su grandeza espiritual y la pista del logro y la trascendencia, a manera de ejemplo, para la historia y la eternidad.

La filosofía del didacta, Hermano, como ya lo discutimos muchas veces y al fin nos pusimos de acuerdo, no es la filosofía del modelo de hombre prediseñado por una teoría filosófica y llevado a la praxis educativa por una política de Estado. El didacta tiene una filosofía propia del mundo y la vida y una concepción implícita del significado de su labor como educador. No es un mero enseñante, un trabajador de la educación; no, nos hemos estado refiriendo al didacta, a aquel hacedor de hombres, hombres a quienes partiendo de ellos mismos, les enseña a realizarse como tales.

Tu estuviste a punto de encontrar el origen de la didáctica hurgando en los claustros monacales del medioevo y, aunque esa tarea se quedó pendiente, especulamos si fueron los filósofos cristianos quienes crearon a la didáctica, o bien fue al revés, los didactas quienes dieron cuerpo y forma al cristianismo. La prosa dispersa que había de esa «filosofía del amor» fue, probablemente, sistematizada en un cuerpo teórico que transformó la creencia en filosofía; tu hipótesis sostenía que fueron los didactas antes que los filósofos los autores de tales hechos. Tal vez el didacta y el filósofo fuesen la misma persona, como ya lo planteamos en su momento, pero aún así, pretendíamos comprobar que el pensamiento didáctico de aquellos monjes precedió a su pensamiento filosófico.

Siendo así, el pensamiento didáctico antes que el pensamiento filosófico, ponemos en tela de duda aquella famosa clasificación de las ciencias de la educación en donde la didáctica aparece como una herramienta (ciencia aplicada), al servicio de un modelo antropológico determinado por una filosofía de la educación. Antes bien, consideremos la posibilidad de rehacer el cuadro de marras y colocar a la cabeza a la didáctica, auxiliada por las demás llamadas «ciencias de la educación». La didáctica no aparecería más como un quehacer

de peones de la educación, sino como la hacedora de hombres capaces de crear su propia filosofía.

Recordemos, por ejemplo, aquel pensamiento que enunciaba que «la enseñanza de la moral es la más inmoral de las enseñanzas». Recuerdas aquello, amigo mío, en que el valor moral no es un cuerpo de contenidos a enseñar, preestablecidos, alienantes, castrantes. Lo que debemos considerar como la auténtica labor de un didacta, en este sentido, sería enseñar a sus discípulos a elaborar su propia moral, a partir de su libertad de espíritu, de su conciencia de especie y de su compromiso consigo mismo y con los demás. Entonces la didáctica ya no sería una hacedora de «hombres a la carta», sino una hacedora de hombres, así, llanamente. Por lo tanto, los libros de moral, los códigos, doctrinas, decálogos y demás medios de enajenación moral serían desechados por esta nueva didáctica, dando lugar, ya puestos en el escenario de la enseñanza, al análisis de situaciones vivenciales, ahí y en ese momento, para formar y ejercitar el juicio moral. El propio alumno descubriría, desde su propia existencialidad, los valores morales, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo; la honradez, la dignidad y el respeto, la vida y la muerte, el bien y el mal, la templanza y la atemperancia, el valor civil, la sexualidad, el heroísmo, la felicidad y el valor moral supremo: su propia libertad. Ya no habría cuentos ni vidas ejemplares para moralizar, los alumnos analizarían situaciones reales, contextualizarían los hechos, revisarían alternativas, harían estudios de impacto, relativizarían en el tiempo y en el espacio, elaborarían categorías y con todo esto, sus propias tablas morales. ¡Que belleza!, la didáctica del hombre, con el hombre y para el hombre. La sociedad pensada desde la perspectiva de la filosofía de un didacta no cree como Filón que «todo hombre bueno es libre», sino al contrario, que «todo hombre libre es bueno».

La estereotipación de los hombres se logra utilizando paradigmas de comportamiento, de «forma de pensar»; el «sistema» los quiere a todos iguales en su conducta de base, olvidando que los hombres no se reúnen por ser iguales, sino por ser diferentes. Esa forma escolarizada de manipulación y conformación de «buenas conciencias» obliga a preguntarnos ¿Quiénes elaboran los paradigmas escolares?, ¿Por qué pretenden la uniformidad?, ¿A quién beneficia este tipo de educación? ¿Será la clonación social la didáctica del futuro?

La conformación uniforme aniquila a la persona y hacia eso estamos avanzando. Hasta hace algunos lustros se pretendía una uniformidad «nacional», ahora se pide una uniformidad regional: europea, asiática, americana y esto solo como un tránsito hacia la uniformidad global, en donde el hombre será totalmente aniquilado como individuo, será adocenado, arrebañado, despersonalizado; será hormado y desprovisto de su libertad.

La conformidad uniforme aniquila la libertad del hombre, esa libertad natural que posee y que le permite optar, tomar decisiones, ser crítico y dialéctico, cambiante y dinámico. Con un sistema escolar con paradigmas filosóficos la libertad se extingue y con ella el hombre mismo. El hombre no es un ser gregario por naturaleza, es un ser social por necesidad. Se reúne con otros hombres, no por ser igual que ellos ni para ser igual que ellos, sino por ser

diferente a ellos y en esas diferencias encontrar el complemento necesario para la supervivencia de su especie.

Todos los «iluminados» han caído en la tentación de imponer al hombre patrones de comportamiento bajo el supuesto de que han encontrado el «camino de la felicidad». Aún Platón concibe una ciudad en donde se educa y se conforma al hombre según indicadores departamentalizados. Pero por qué Platón va a obligar a un hombre de «oro» a ser de «oro». ¿Por qué este hombre no puede optar por ser de plata, de bronce, cobre o de tierra si así lo desea?

El didacta es un filósofo, pero no al estilo «iluminado» de quien se retira de la humanidad durante largos períodos para elaborar un cuerpo doctrinario que ofrecerá después a los simples mortales y que los llevará a la redención, al mundo feliz. No, el didacta hace la filosofía en el escenario mismo donde viven sus semejantes, a esto, en su momento lo llamaste «contextualizar». No les enseña el camino de la felicidad, los prepara para que cada uno de ellos trace su propio camino de felicidad. El didacta filósofo no se pregunta «¿Qué necesitan los hombres para ser felices?» ¡No!, él se pregunta qué cualidades, esencias y sustancias, necesita potenciar el hombre para que sea creador de sus propias circunstancias, circunstancias que lo lleven al mundo que él decida ser llevado, aún cuando no se ajuste al «mero patrón de la felicidad». Que nos perdone Ortega, pero el hombre no es «el hombre y sus circunstancias», si por esto debe entenderse que el hombre está condicionado por el mundo que le rodea; el hombre debe ser el creador de sus propias circunstancias y en este sentido entendíamos el «contexto» del hombre. Esta concepción de contexto nos aleja del criterio «pobreteador» de quien justifica sus yerros y defectos atribuyéndolos al «contexto», a las «circunstancias», a su «historia cultural» etc., a la que nos tienen acostumbrados algunos «cualitativos» de la didáctica.

Es una pena mi hermano que dejáramos pendiente esta reflexión, que derivada de una investigación tendiente a demostrar la capacidad del hombre de ser él mismo, se continuaría con una «didáctica de la filosofía» que al alimón habríamos de trabajar.

Pero no sólo de moral habla el didacta filósofo. Hablábamos también de la naturaleza e identidad del hombre en cuanto a tal. Es decir, intentamos asir al hombre en un concepto que nos permitiera enseñarle quién es él mismo y a partir de ahí se hiciera a sí mismo. Esto está más complicado, pero la reflexión del didacta no puede soslayar esta problemática y al plantearla a sus discípulos, procura, en todas sus intervenciones, no dar respuestas, sino plantear preguntas, bellas y acertadas preguntas que los lleven a reflexionar sobre su propia identidad.

¿Cómo enseñarle al hombre lo que es el hombre? En este terreno eras más reacio a entrar, hermano mío y, sin embargo, como si presagiaras el final, días antes de tu partida meditábamos, bajo aquel cielo tan azul en la querida tierra aragonesa, sobre la vida y la muerte, sobre la esencia y sustancia del hombre. ¿Qué será esto, maño?, ¿será posible que sólo seamos recicladores de materia orgánica? ¿Qué, aquí se acaba todo? ¿Acaso no habrá algo más? Preguntas sin

respuesta, pero que limpian el espíritu y nos impulsan a hurgar dentro de nosotros mismos.

¿Qué es el hombre? Ante esta pregunta podemos pensar en una esencia inasible, inimaginable, etérea, incorpórea, indescriptible, pero manifestable y cualificable. El hombre sería el poseedor de lo poseído. Es ese de quien se dice que es. Es racional, inteligente, emocional..., pero no lo conocemos a él; sólo decimos cómo se manifiesta él. Es la causa de su causado, sabemos de él por esto, por lo causado, aunque desconocemos como es el «causador». ¿Será acaso la causa que se causa a sí? Mas no siendo un causado no sería, consiguientemente, creado ni originado. Pero como saberlo, ¿cómo saber si, por ejemplo, al cesar lo causado cesa asimismo la causa? ¿Acaso ahora ya lo sabes?

Igualmente, como poseedor de lo poseído, podemos saber qué posee el poseedor sin conocerlo, pero siendo inasible, aún él mismo no puede encontrarse y definirse, ya que en cuanto lo intenta aparece la duplicidad poseedor-poseído; dice «mi cuerpo», «mi conciencia», «mi yo», «mi energía». No puede unificarse, no puede decir «soy energía», porque el «soy» lleva implícito un «yo» y entonces estamos como al principio, ¿quién es ese poseedor que dice «yo soy energía?». El cuerpo, la conciencia, la energía, son poseídos por un poseedor, pero este Yo que dice «mi» no puede ser al mismo tiempo el poseedor y lo poseído. Entonces ¿qué es?

Esta sería una diferencia esencial entre el hombre y los demás seres vivos. El hombre se causa a sí mismo y se manifiesta por lo que causa. Tiene conciencia de que es el poseedor de lo poseído pero no sabe como se causa la causa de ese poseedor.

Pero sabemos que *es* puesto que tiene posesiones y causaciones. Lo identificamos con estos, pero sería un error pensar lo mismo, ya que los atributos del ser no lo hacen. El atributo necesita de un atribuido y este no se puede conocer por aquel.

Ni siquiera el concepto *ousía*, utilizado por Platón y Aristóteles, pudo en su momento asir al poseedor de lo poseído. Este vocablo se ha utilizado para definir «esencia», «sustancia» y «ser». Pero *ousía* significaba para ellos algo que es propiedad de una persona, palabra ésta que significa «máscara». Y aquí podemos volver a nuestro planteamiento: si *ousía* es una máscara o lo propio de una persona, entonces es la máscara que me pongo para representarme o para presentarme, pero ¿quién es el que está bajo esa máscara? ¿Cómo soy sin máscara? ¿Podría verme en un espejo o sufriría el «efecto vampiro»? ¿Cómo puedo ser y mi ser independiente de mí? Entonces, ¿quien es el poseedor de ese ser?

Cuando al iniciar un curso de filosofía en una ciudad vecina a la mía y que tu me acompañaste, definí la estética como la «manifestación inteligente de las emociones», tú no estuviste muy de acuerdo conmigo; seguramente porque tu sensibilidad siempre fue mayor a la mía. Pero en lo que sí coincidimos plenamente es que la estética, al igual que la ética, no debe ser enseñada a partir de un cuerpo doctrinario en donde se contemple de antemano lo que es o no es estético. Es más, la enseñanza de la estética nos parecía grosera y antiestéti-

ca. Es aberrante hablar de estética marxista, libertaria, anarquista o positivista, ya que el pensamiento estético estaría predeterminado y encadenado a una concepción, no propia de cada hombre, sino de algún iluminado cuerpo filosófico.

La enseñanza de la estética, en todo caso, estaría encaminada a la identificación y dominio inteligente de las emociones que producen belleza y de las bellezas que producen emociones.

Por supuesto que hay normas y patrones que, en su justa dimensión de herramientas, ayudan al hombre (Protágoras) a *entender* el pensamiento estético y a disfrutar del mundo sensible a plenitud.

Pero hay que enseñar al hombre a *construir* (Sócrates) sus propias valoraciones estéticas. La estética es filosofía y por tanto cae dentro de la explicación e interpretación que cada hombre hace de sí mismo y de su existencialidad.

Por otra parte, apuntemos también la necesidad de integrar a la filosofía del didacta la ciencia de los pensamientos en cuanto a tales, es decir la lógica. Pero la lógica formal, aristotélica, de silogismos y proposiciones, ya está integrada como herramienta de trabajo en todo el quehacer del filosofar y por ende se sobreentiende de que el didacta enseñará lo propio en cada una de las ramas del saber en que se ocupen sus discípulos. Pero hay otra «lógica», llamada lateral o «ilógica», que parte del principio de que todo silogismo puede llegar a tener más de una conclusión, utilizando caminos alternos, a veces aberrante y contradictoria a las premisas, pero útil para resolver problemas prácticos. Si pensáramos en la educación que recibió Pantagruel (Rebeláis F., 1533), la lógica la aprendió en la Sorbona de París, pero la «ilógica» la aprendió con Panugro, un bribón donde los había y que fue su preceptor. El didacta Panugro enseñó a Pantagruel la «filosofía de la vida», lo que en inglés llaman el *know how* (mañas o habilidades), es decir una manera alternativa y práctica de pensar y hacer las cosas.

La lógica lateral, a la vez que nos enseña a buscar diferentes caminos para solucionar un mismo problema, nos enseña también, por ende, a entender que hay más de una interpretación del mundo y de la vida y que cualquier doctrina filosófica puede ser una explicación, pero no la única explicación.

Aquí tenemos al filósofo didacta que, además de ser Protágoras, tiene que ser un Sócrates y, por añadidura, un Panugro.

En fin estimado Adalberto, pienso humildemente que trazamos algunos apuntes que pueden ser útiles para desarrollar planchas concretas de arquitectura que cimienten el basamento en donde podrán descansar las columnas de una estructura didáctica cuyo objetivo principal será enseñar al hombre a ser hombre.

Nunca pretendimos ofrecer recetas didácticas, pues hubiera sido contravenir nuestros propios principios.

Tú en lo particular, no ofreciste soluciones ni respuestas, no ofreciste la paz, antes bien, trajiste la guerra; problematizaste situaciones que se creían estables. Eras un sembrador de preguntas que inquietaban a quienes lo creían todo resuelto y descubriste así la esencia misma del filósofo didacta.